

rostro, y fué balbuceando lentamente, en voz muy baja, como si estuviese allí el muerto adorado y hablase su amor, triunfante de ideas viejas y de temores de castigo:

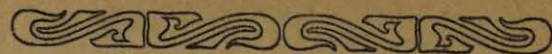
—Papá... es que Gabriel está abajo... muerto... ¡tan solo... papá!...



LUZ DE LUNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



LUZ DE LUNA

Las llamas de los faroles se elevaban quietas, amarillentas, con un mismo contorno dentado, como petrificadas en el ambiente veraniego, de paz. La calle desierta, sola. En el cielo, una claridad tibia, reflejo de luna, reflejo de los focos que arden más allá de la vía solitaria y vieja, donde las gentes se entremezclan en un trajín del que no llega más que un rumor remoto y sordo. Y todas las casas vetustas de esta calle tienen un sombrío aspecto de sueño, de quietud, con sus puertas cerradas, con sus ventanas de pequeños vidrios. Un sauce crece en una rinconada y á veces mueve sus largas ramas, y acaso brilla entonces un reflejo de luz en uno de los vidrios, fingiendo un parpadeo de sobresalto ante el ruidillo débil de las hojas.

En la ventana, de ancho alféizar denegrido, ha callado la charla de los jóvenes. Diríase que impuso el silencio toda aquella calma imperativa que lo llena todo, de acera á acera, y el interior de la casa donde de las viejas vigas pende una luz y duerme un gato

sobre el suelo oscuro de anchas tablas que muestran sus nudos en relieve, como los huesos de un anciano.

Una ráfaga tibia, con olor de flores, llegó extraviada y huyó más ligera aún, desoyendo la llamada reverenciosa del sauce. El joven habló con un sordo acento de ira:

—Fué tu más grande amor.

Tenía ella apoyada su cabeza en la jamba, en un gesto de desaliento supremo, su pobre cabeza resignada, en cuya frente la juventud que se iba había escrito su historia triste en unas arruguitas. Y era su figura—donde iban triunfando las líneas de matrona, esbelta aún—algo que parecía detalle ó complemento de aquel ambiente, como en los callejones trágicos la hornacina del Cristo, des-pintado. Diríase que la madurez del sauce y la madurez de las casas severas habían hallado su encarnación en aquella mujer apacible, suave, que veía morir su juventud, á solas con ella.

El joven había hablado:

—Fué tu más grande amor.

Y ella, con su voz templada, lenta, objetó: —Fué un amor. Lo he querido con el primer cariño, un poco irreflexivo, de los años primeros. Pasó: nos alejamos. Y otros amores vinieron y pasaron también. Tú lo sabes... Tengo de él un recuerdo apacible, un poco triste y un poco dulce. Hemos enterrado nuestro amor y no he llevado una flor á su tumba. ¡Tantos años hace!

Hubo una amargura resignada en su voz ante la evocación del tiempo. Y todas sus ilusiones, vivas aún, se estremecieron acongojadas en el rinconcito de su alma:

—¡Tantos años hace!

Insistió él:

—Pero tu primera sensación, tu ansia primera, lleva su nombre. Las caricias mías las referirá tu alma siempre á aquellas otras de él, que tuvieron la palabra inicial de conjuro para tus deseos. Yo tendré en tu espíritu la misión de un evocador; levantaré todos los espectros de los días muertos, de los cariños pasados... Lo adiviné al verlo ante tí, en esta sala, mirándoos. Pensaba yo: ¿qué oculta sensación, qué recuerdo sutil, qué emoción de caricia lejana se alzaría ahora en su ánimo?... Me pareció ver mi cariño avergonzado en lo íntimo de tí, como sorprendido en delito de intrusión.

—Tienes enfermo el ánimo. En la visita de Miguel no hubo otra cosa que la visita del viejo amigo que vuelve de un lejano país. Tú lo advertiste bien. Apenas una frase vulgar, ni una alusión á ese pasado inocente...

—Vuestra presencia misma era la más cruel alusión. En mi vida no hay pasado de amor. Eres tú la única: lo que fué, lo que es... Y tú eres un imposible para mí. De niña tendrías, como ahora, tus manos frías, siempre frías, y alguna vez él te las templaría, como yo, entre las tuyas. En lo futuro creería yo hallar aún restos de ese calor

prestado. ¡Ya ves: tus pobres manos frías, muertas para mis caricias!... He sufrido al pensarlo.

Pasó un silencio. Volvió del fondo de la calle la ráfaga perfumada, huyendo de la triste quietud y de las tristes luces, y volvió el viejo sauce á saludarla con un melancólico saludo.

Continuó él, como monologando, con sordo acento de evocación:

—Junto á esta ventana, has soñado alguna vez, al transcurrir los años, con la vuelta del amor primero: pensaste en él, en la tierra ignorada y remota... ¿Es verdad que, al través de tus otros amores, lo deseaste á él, lo esperaste?...

Y ella ahogó un sollozo de angustia ante la evocación. ¡Los largos días, los largos años esperando junto á la ventana sombría, viendo morir su juventud é irse virtiendo de luto sus ilusiones, una á una, como virgen-citas viudas; los largos días, los largos años soñando!... Las margaritas en que perseguía el arcano de su futuro eran las burbujas que la lluvia formaba en el arroyo:

—Si llega aquella grande, hinchada, á esa piedrecita, será augurio de que me quieren.

Y no llegaba ninguna. Rompían las burbujas apenas nacidas, en la débil corriente que marchaba por la calle en cuesta. Y ella esperaba, esperaba, y al anochechar retirábase con el cabello húmedo, con los ojos cansados de seguir la breve caminata de las

ampollitas, con un secreto dolor en el alma.

Protestó, revolviéndose contra la visión cierta del amado:

—Pero yo te quiero.

—¿Con qué cariño?

—Con el último.

—No, Luisa, no—y su voz era triste—. Me quieres por tu afán de querer. Un amor y otro amor y otro amor han llamado á tu alma, y todos se fueron y todos dejaron un sedimento en ella, un ansia incumplida. Por eso me has querido.

—¿Y no es mejor?... De todos esos amores, de lo que tuvieron de amargo y de feliz, de lo que en ellos hubo de grande, está hecho el que te tengo ahora. ¡Mi último cariño: el que acompaña al alma hasta la muerte, como un servidor grave y fiel!

—Cualquiera de los otros que volviese á ti hallaría tu ánimo franco, como una casa amiga que no tiene laberintos ni secretos.

—¡Son tan remotos!

—Son tu juventud.

Y ella gimió ante esta frase cruel:

—¡Es verdad!

Y hubo otra pausa prolongada. Una rosa se deshojó en la única maceta que adornaba un balcón frontero, y por entre los hierros negruzcos cayeron los pétalos á las baldosas, pasando ante la luz del farol como maripositas nocturnas. Un reloj dió unas horas lentas, con cansancio de contarlas todas iguales.

El amado abandonó el alféizar.

—¿Te vas?...

Aventuró ella la pregunta tímidamente, con ansia de hablar más, de romper la fatalidad del instante y, en una rebeldía contra toda su vida resignada, llorar sobre el pecho varonil sus anhelos de cariño.

Pero él había contestado también brevemente; salió. Sonaron los gastados maderos, la crujiente escalera, resonó el amplio portal. El silencio absoluto de la calle fué turbado por sus pisadas seguras. Y ella sobre el alféizar, inclinada, ansiosa... El farol moribundo de la esquina iluminó la figura del amado. Y el adiós habitual, la ligera detención, madre del beso enviado con un ademán, no llegó.

Y hundió ella su frénate en las manos y las manos tocaron las arruguitas en que fué escribiendo una historia vulgar la juventud expirante. Y sollozó.

La vieja madre entró con el pobre guisote: murmuró al divisarla en la ventana:

—Entra á cenar. ¿No os bastó aún, Luisa?

Retiróse, lenta; mirando, sin ver, la calle donde las casas senectas y el caduco sauce vecino tenían una quietud hostil, la quietud de las hormigas que en el cuento de la reina rumana guardaron á su princesita enamorada de un caballero gentil.

Y llegó de lo alto un rayo de luz, de luz de luna, piadosa y dulce.

ÍNDICE

	Páginas
Wenceslao Fernández-Flórez.	7
La tristeza de la paz.	17
Tragedia ridícula.	75
Vino triste.	91
A la hora del misterio.	123
El muerto.	139
Luz de luna.	147